

El último vuelo

ÚRSULO GUERRERO MADRIGAL
*Teniente (reserva) del Ejército
del Aire y del Espacio*

«Este texto no tiene por qué corresponder con la realidad. Ha sido escrito con el espíritu de ponerse en la piel de aquellos que estuvieron en contacto más directo con la terrible experiencia de un accidente aéreo, como un ejemplo de empatía».

Era una mañana clara y tranquila como tantas otras de las que esta zona del país nos brinda. El cielo se extendía como un lienzo azul moteado con algún cúmulo que deambulaba rumbo norte, viento en calma, los motores rugiendo, listos para otra misión de entrenamiento, esta vez a baja cota. Esa mañana de un día cualquiera no solo eran dos pilotos los que volaban; era toda la Unidad, unida en un propósito mayor. Los dos eran compañeros, hermanos de vuelo. Una misión más, confiados en la habilidad del uno en el otro, en ese código tácito de camaradería que comparten todos los pilotos de caza por encontrarse solos en la cabina. Las risas, las bromas y los gestos de complicidad llenaban el aire camino a la plataforma, un estrechamiento de manos, un «buena suerte, buen vuelo» antes de subir al caza y despegar con el «ok» de los mecánicos y de los armeros. Una vez chequeados todos los mandos y en el aire después del despegue, se dirigieron a la zona designada pre-misión, el vuelo se desa-

rollaba con toda normalidad. Pero en un instante, una milésima de segundo, todo cambió.

El punto de la formación, desde su cabina, vio cómo su líder perdió altura y una bola de fuego iluminó sus pupilas. Presintió lo peor, después una columna de humo marcaba el lugar de impacto con el terreno. Algo no iba bien. Inmediatamente, llamó por la frecuencia de radio asignada para la misión para comunicar el accidente, un vacío, un silencio antes de poder articular cualquier palabra. El corazón se le aceleró, la respiración se volvió pesada, el desasosiego crecía. No hubo respuesta, cada segundo que pasaba sin respuesta se convertía en un grito ahogado. Temió lo peor, pero se negaba a aceptarlo. Ascendió rápidamente, buscando desde las alturas una perspectiva diferente, esperando que fuera solo una ilusión, un malentendido, un mal sueño. Pero no lo fue. El silencio sepulcral de su compañero, de su amigo, fue la única respuesta, y envuelto en él, se desplomaba una parte de su alma. Orbitó alrededor del

punto de impacto, incapaz de apartar la mirada, como si al vigilar pudiera revertir el destino. El lugar quedó marcado en su corazón, un punto negro en el mapa y una herida abierta que sólo el tiempo cerrará.

Las lágrimas comenzaron a brotar sin pedir permiso, inundando sus ojos mientras seguía orbitando, como si el acto de volar pudiera sostener el peso de la pérdida. Resultaba difícil concretar pensamientos que cruzaban por su mente en ese momento. Un torbellino de preguntas sin respuesta. ¿Por qué él? ¿Por qué hoy?

Sin embargo, a pesar del dolor, sabía que debía seguir, nos entrenan para ello. La profesionalidad, el sentido del deber, la disciplina, la lealtad, el respeto por quien se había ido, lo mantenía en pie. Antes de que la luz roja marcara «bingo» le ordenaron que volviera a la base aérea. Tenía que hacerlo aun sin querer, allí dejaba el cuerpo, pero su alma volaba con él apoyándose en ese tremendo dolor y angustia. El trayecto de vuelta a la base fue un largo y doloroso peregrinaje en solitario.



Cada minuto se estiraba, cada milla parecía una eternidad, un vacío inmenso lo acompañaba. Nadie podría entender del todo lo que sentía; sólo los que han perdido un hermano en el cielo podrían imaginar el abismo que se abría ante él. El alma se quebraba, y los ojos, desobedientes, lloraban lo que el corazón no podía procesar. Su vuelo de recuperación fue un ejercicio de valor, de entereza, de respeto a la memoria de su amigo, un verdadero desafío emocional que ninguno está preparado para afrontar; aun así, él lo hizo. Voló con el corazón herido, roto, pero voló. Salieron dos, volvió uno. Desde el centro de operaciones de la base, igual que desde la sala de control táctico era difícil apartar la mirada de la pantalla, de la traza, de ese punto que se grababa como parte de la historia del Ejército del Aire y del Espacio, intentando darle fuerzas y el aliento necesario, imaginando lo que estaba soportando. Desde el control operativo le dieron autorización para que procediera directo a la base, le

apartaron tráficos, no querían que el dolor se dilatase aún más.

Al aterrizar, el ambiente en la pista era irreal. No había palabras que pudieran aliviar lo que sentía, ni gestos que pudieran borrar el peso de la tragedia. Lo que antes era un lugar de risas, bromas y planes, ahora se convertía en un espacio lleno de silencio, de miradas vacías y corazones rotos. El dolor era una daga que atravesaba a todos por igual, clavada profundamente, porque ese día, todos habían perdido algo más que un compañero: habían perdido a uno de los suyos. Los mecánicos y armeros que momentos antes daban el visto bueno al avión, no volvieron a recibir el abrazo de su compañero, y esas gracias post-vuelo quedaron atrapadas en el aire, sólo sostenían su propia tristeza, incapaces de evitar que sus emociones fluyeran. Las lágrimas incontrolables se abrazaban a los recuerdos que sobrevolaban por cada rincón de la Unidad, nadie se quedó indiferente intentando mantener viva su memoria. La Unidad, siem-

pre vibrante y llena de vida, se sumió en un silencio sepulcral, se quedó muda, con la mirada perdida sobre el cielo y cada uno, a su manera, cargaba el peso de su ausencia.

No te conozco, pero intento comprender el dolor que sientes. Tu líder se ha ido, pero su espíritu sigue en el aire. Él volará alto, más allá de las nubes, donde el cielo es eterno y el viento nunca cesa. Y tú, aunque hoy sientes que el peso del dolor te aplasta, sé que volverás a volar. Porque él lo hubiera querido, porque él querría verte allí arriba, volando libre, sin miedo. Mañana será mejor, y el miedo no tendrá lugar en tu alma. Cómo alguien me dijo: «Lo maravilloso o la grandeza, a mi juicio, está en tener fuerzas para volver a subirse a un avión cada día. Son de otra pasta».

Que los valores aviadores del fallecido, condensados en su sencillez y su humildad, sean ejemplo para todos, y que su memoria quede en el libro de la historia de esta maravillosa institución.■